

# La memoria sepia. Por Santiago Gil

martes, 20 de noviembre de 2007

Modificado el miércoles, 02 de enero de 2008

## LA MEMORIA SEPIA

Por Santiago Gil

Yo me criÃ© entre recortes sepias de periÃ³dicos y noticias caducas. Bajaba a un cuarto trastero que estaba en la casa de mi abuela y abrÃ-a cajas antiguas de madera llenas de recortes amarillentos que hablaban de sucesos lejanos y de protagonistas que casi siempre estaban muertos o formaban parte de recuerdos ignotos.

## EL CARRUSEL DE LOS LUNES

MÃ³sica de Papagüevos II

Santiago Gil

Yo me criÃ© entre recortes sepias de periÃ³dicos y noticias caducas. Bajaba a un cuarto trastero que estaba en la casa de mi abuela y abrÃ-a cajas antiguas de madera llenas de recortes amarillentos que hablaban de sucesos lejanos y de protagonistas que casi siempre estaban muertos o formaban parte de recuerdos ignotos. Mi abuelo Zenobio GarcÃ-a Bautista fue durante muchos aÃ±os corresponsal de muchos periÃ³dicos de la capital en la zona Norte, y tambiÃ©n estuvo detrÃ;s de los que sacaron adelante La Voz del Norte. Pero no sÃ³lo iba guardando las crÃ³nicas que Ã©l publicaba en prensa: la caja de mis sueÃ±os infantiles contenÃ-a toda clase de noticias relacionadas con GuÃ-a, desde sucesos sanguinarios a gestas deportivas. Mientras en la calle vivÃ-a una realidad mÃ¡s o menos tangible y cotidiana, en aquel cuarto yo me adentraba en el mismo pueblo pero de una manera mÃ¡s literaria que real, como si lo estuviera soÃ±ando en cada una de las palabras que iba leyendo, aun cuando a veces no me enterara de la misa la media. Preguntaba a mi abuela y a mis tÃ±os Fernando o Paco detalles de aquellas crÃ³nicas, y entre eso y la imaginaciÃ³n que yo le ponÃ-a fui conformando un universo guiense que al dÃ-a de hoy me parece mÃ¡s literario e imaginado que verdadero. Tengo la misma sensaciÃ³n que cuando leÃ- Cien aÃ±os de soledad, la de algo que es y no es, que yo he creÃ-do haber visto, pero que no he podido ver porque lleguÃ© tarde y cuando las cosas ya habÃ-an cambiado, o directamente porque nunca tuvo relaciÃ³n lo que llevaba al magÃ-n con lo que leÃ-a o se suponÃ-a que contaban aquellas crÃ³nicas. Por eso a veces siento como si me hubiera criado en una especie de entelequia llamada GuÃ-a de Gran Canaria y no entre las calles que todavÃ-a sigo reconociendo cuando regreso. Yo me entiendo, y espero que ustedes tambiÃ©n. TambiÃ©n le debo a esas incursiones mis dos grandes vocaciones: el periodismo y la literatura. De alguna manera estaba predestinado a ser lo que soy. En aquella caja antigua llena de papeles desgastados habÃ-a encontrado escrito mi propio destino.

Con el tiempo buena parte de aquellas noticias fueron expoliadas por algunos que se aprovecharon de la buena fe de mi abuela. Le pedÃ-an permiso para consultar datos, o simplemente para curiosear un poco por el pasado del pueblo, y se llevaban recortes relacionados con sus familias o sucesos que no querÃ-an que quedaran guardados para siempre en el papel. Del archivo que existe ahora mismo desapareciÃ³ gran parte de lo que yo recuerdo haber leÃ-do de niÃ±o. Lo Ãºnico que no tocaron fueron las crÃ³nicas deportivas, las esquelas y unas cuantas noticias mÃ¡s o menos asÃ©pticas o insustanciales. Pero supongo que eso serÃ; parte del destino del papel. Como nosotros, tambiÃ©n estÃ; condenado al olvido mÃ¡s tarde o mÃ¡s temprano.

Creo que fue por esos mismos aÃ±os cuando comencÃ© a escribir mi primera novela. No recuerdo el tÃ-tulo ni tampoco cuÃ¡ntas pÃ¡ginas llegÃ³ a tener. Supongo que no pasarÃ-a de diez o doce hojas de bloc de cuadros o de dos rayas. La escribÃ-a a cuatro manos con Carlos Aguiar. No sÃ© cÃ³mo nos dio por meternos a escritores. SÃ- creo que iba de fÃºtbol, de los sueÃ±os futboleros de un niÃ±o tan soÃ±ador como Ã©ramos nosotros entonces. Escribir formaba parte de un juego, y se conoce que mÃ¡s o menos tuvo que ser divertido porque con los aÃ±os recaÃ- varias veces en Ã©l, y de hecho ahora mismo no entenderÃ-a mi vida sin contar con la alianza de palabras o de libros que me salven de la chabacanerÃ-a, la mediocridad y de lo absurdo de nuestra poca existencia.

No mienten quienes dicen que la vida se va a en un abrir y cerrar de ojos. Creo que cada uno de nosotros tiene sobrados ejemplos de la verdad que encierra ese adagio. Y tambiÃ©n es cierto que en medio de esa voracidad del tiempo y del caos mÃ¡s o menos cotidiano cada cual se defiende como buenamente puede. Yo lo hago tirando de las palabras. Ya no es tanto un juego como una necesidad imperiosa para asirme al mundo y para no perder las referencias del pasado. Digamos que es una forma de alargar nuestra propia existencia. Cada tarde que nos sentamos a recordar o a contar a otros nuestros recuerdos nos estamos regalando una moviola que nos ensancha y nos vuelve un poco menos temporales. SÃ³lo asÃ- se entiende esta perseverancia literaria. Incluso las noticias que hoy leemos por encima en los periÃ³dicos las convertirÃ;n en sueÃ±os quienes nos sobrevivan. Si no escribimos, nuestra existencia no serÃ; mÃ¡s que una cita cronolÃ³gica de hechos aburridos que se acabarÃ; muriendo indefectiblemente con nosotros. SÃ³lo poniÃ©ndole Ã¡nima y palabra salvamos a nuestro tiempo del olvido.

Noviembre de 2007.

IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL

Diseño gráfico de José Miguel Valdivia.